

La Desventurada Aventura

Jorge Kohan E.*

El mundo parece más pequeño cada día.

Súbitamente entran en contacto, no siempre amistoso, sociedades que durante siglos venían prácticamente ignorándose unas a otras. Este contacto implica cambios y modificaciones regidas por leyes complejas que se inclinan en favor del que más pesa en la balanza. Los elementos de esta contienda no son parejos, asimilables o comparables.

Unos más y otros menos, se ven obligados a adoptar un nuevo punto de vista en sus relaciones, en su política y en su economía, en la estrategia militar y, fundamentalmente, en la cultura.

En un momento dado del pasado la gente tuvo que abandonar su punto de vista particular o local, para adoptar otro de índole nacional. El individuo se organiza históricamente en una comunidad más amplia, a medida que puede captarla, vivirla y entenderla. A esta altura de la vida de la humanidad, la forma de pensar que corresponde es la que se ajusta a una visión global de su entorno.

Tal como escribió Bertrand Russell: "el mundo se ha convertido en un solo lugar, no sólo para el astrónomo, sino también para el ciudadano corriente".

Este trabajo intenta describir desde un punto de vista global el hábitat latinoamericano, como un componente básico de la identidad que lo caracteriza.

Desde el mismo punto de vista global, se tocan algunos de los aspectos que históricamente se suelen separar "metodológicamente para su estudio", convirtiéndose en pequeñas verdades de pequeños problemas.

Esta división o resta de la problemática total, en la cual la ciencia incursionó durante cientos de años, causó más atraso que avance al desarrollo de la misma. En esta tónica, se evaluaron y se siguen evaluando procesos sociales y políticos, a los cuales "nunca se dio en el clavo". El mirar sin ver, caracterizó a un pensamiento político que se corresponde con las actuales políticas neoliberales de los llamados países tercermundistas.

Cada fracción de este total fracturado desarrolla un lenguaje propio y particular para su estudio y comprensión. Pareciera que no todas las letras del alfabeto deben intervenir en determinados temas, y que la selección tiene más que ver con un resultado no objetivo que con la realidad concreta.

Muchos términos, cada vez más cotidianos, resultan ajenos a determinadas disciplinas, tal vez sea por eso que términos como "violación", "marginación" y "genocidio" no se encuentran habitualmente en el lenguaje arquitectónico.

¿O es que la arquitectura en la conquista siguió una suerte diferente de la sociedad que la generó?

La arquitectura, como parte de la cultura que los pueblos americanos desarrollaron hasta hace 500 años, respondía a un impulso cósmico que movía al individuo a instruirse, a luchar, a ser.

La tarea del conquistador, pródigo y actual, ha sido detener tal impulso.

Las civilizaciones precolombinas sin duda carecen de porvenir, pertenecen a la historia. Abajo, y de un solo tajo, la intromisión europea causa un corte imposible de corregir, de ahí en adelante comienza para los latinoamericanos una historia que escapa de sus manos, pero que cuesta su sangre. La "cultura dominante" deja a la sombra a las demás.

Cada día nos vamos occidentalizando más, sabiendo que los regresos históricos, además de absurdos son imposibles. A tal punto de negación y enajenación hemos conducido a las culturas, que éstas no se reconocen sino a medias en ese pasado.

De una arquitectura vinculada a su tierra, a un pensar y a un sentir, se pasa a construcciones diversas, de las cuales sólo se rescata una mano de obra adiestrada y culta. Como una bella cara despegada del cuerpo, la arquitectura colonial adquiere valor sólo para los colonizadores, los cuales regulan a través de sus primeras universidades en el "Nuevo Mundo" la fidelidad de la misma en relación con sus "códigos universales".

Es en la arquitectura religiosa, y especialmente en el periodo barroco, donde se dan las obras más notorias de esta arquitectura colonial. Caracterizando a personajes que se vinculaban a sus religiones locales más que a la fe cristiana, los artesanos indígenas dieron luz a una serie de obras que trascendieron más allá del modelo que las originó. Error que la conquista no permitió. Punto y aparte para este arte que logró perdurar en el tiempo, en un proceso lineal que se cortó en su dimensión más importante.

La primera persecución, la que más martirizó a los habitantes de este continente, fue la religiosa, tal como sucedió con los primeros cristianos. Esa Iglesia, que no tuvo carácter humanitario, sino totalitario, conquistador, rapaz y mortal, fue la que se adjudicó los mayores triunfos estéticos dentro del periodo colonial.

Difícil sería hablar de la continuidad de la arquitectura precolombina en estos edificios ajenos, en posesión y en pensamiento.

Como dice Luis Cardoza, "España fue una abominable madrastra". Imposible sería imaginar el alcance de esas culturas sin la intromisión extranjera. Como árbol cortado antes de florecer.

No de ahora, sino de siempre, como indica Rafael Murrillo Selva, que los latinoamericanos estamos empeñados en diseñar un rostro que venga a otorgarle un perfil a nuestra cultura.

Como elemento integrante de nuestra identidad, nuestra cultura es socorrida cuando todo a su alrededor se desmorona. Es cuando los países latinoamericanos ven peligrar los restos de su soberanía, de su territorio, de su sentir nacional, que se vuelcan en una lucha desmedida por rescatar su identidad y su cultura, como elemento etéreo de su territorialidad. Probablemente una de las pocas luchas que reafirman el sentir nacional sin interferir en las políticas que deterioran todo lo demás.

Así como los habitantes tainos de Puerto Rico, se extinguieron en 1456, en una desaparición de sus configu-

raciones de vida y sociedad, por enfermedades contra las cuales los isleños carecían de defensas, la arquitectura precolombina también se extinguió como sistema abierto y cambiante.

Todavía hay quien sostiene la falacia de que en América hubo fusión de razas. En sentido étnico sólo se puede hablar de fusión cuando existe simetría o bilateralidad en las uniones entre etnias. El mestizaje americano se obtuvo en una relación rigurosamente asimétrica. Producto de una violación, el ser nacional y su implicancia social no constituye un proceso continuo.

Una ruptura brusca orienta en diversos caminos culturas con miles de años de tradición, tradición que como dijo André Malraux, "no se hereda, se conquista".

Intentar reconocer en la arquitectura contemporánea rasgos originales de nuestro pasado es querer justificar cientos de años de impotencia ante la pérdida de nuestros valores. Como guerra perdida, como holocausto que no se puede conmemorar, 1992 ofrece una coyuntura histórica que debería aprovecharse para avanzar en un proceso de rehabilitación y justicia. Idealizar el proceso y la transformación de su cultura no es acompañarlo.

La realidad arquitectónica latinoamericana es ajena a la "aventura de la arquitectura iberoamericana", con ella sólo comparte sus "desventuras". La realidad actual se ejemplifica en "piezas de museo" que representan lo que en el sentir de los vinculados al diseño y a su crítica, son obras de nuestra arquitectura nacional. Ajenas al sentir popular, pues su uso no lo determina, la arquitectura sí tomó de los rasgos de los conquistadores su carácter ejemplificador, de triunfo sobre lo cotidiano.

A la arquitectura local se la caracteriza, con no pocos rasgos de mediocridad, como arquitectura vernácula. Arquitectura que se vincula a su entorno circundante, físico y cultural, con sus reminiscencias históricas. Lo vernáculo de la arquitectura no trasciende al medio urbano más

que por ocupar un espacio dentro de él. No configura tendencias ni experiencias que nos remonten a nuestra esencia. Miles de viviendas latinoamericanas, las que están y las que deberían estar para una calidad de vida que este continente no ha conseguido, exteriorizan su total independencia de la herencia hispánica, y probablemente de sus antepasados locales. Manipulación y presiones son los rasgos que más imperan en la mayoría de las obras, lugares para vivir, que no incluyen los libros de arte, arquitectura o diseño. Probablemente los encuentros indigenistas, paralelos a la feria de Sevilla, arrojen luz sobre esta realidad distorsionada.

Poco aportaría en la actualidad sustraer partes significativas de obras precolombinas generando un posmodernismo americano. No somos precolombinos ni podemos pretender serlo. También la arquitectura se convierte en la conquista, en uno de los árboles que no permiten ver el bosque.

Rafael Sánchez indica: "Toda conmemoración es, por naturaleza apologética y, por consecuencia no neutral, ni mucho menos crítica. Conmemorar una cosa comporta aprobarla y hasta glorificarla, y por añadidura que los conmemorantes identifiquen con los conmemorados una especie de vía transhistórica.

Hernán Cortés desembarcó en Veracruz acompañado por no más de cien marinos y 500 soldados. En ese entonces, la capital de los aztecas, Tenochtitlán, eran cinco veces mayor que Madrid y duplicaba la población de Sevilla, la mayor de las ciudades españolas.

Moctezuma creyó que era el dios Quetzalcoatl quien volvía. Ocho presagios habían anunciado poco antes su retorno. Los dioses vengativos que ahora regresaban para saldar cuentas con su pueblo fueron crueles. Derrotaron primero a los indígenas por el asombro. El otro aliado de los conquistadores, y el más eficaz, fueron los virus y las bacterias que los europeos traían consigo. Como plagas bíblicas, arrasaron según el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro,

más de la mitad de la población aborigen de América, Australia y las islas oceánicas, luego del primer contacto con los hombres blancos.

"Hoy día, en el Zócalo, la inmensa plaza desnuda del centro de la capital de México, la catedral católica se alza sobre las ruinas del templo más importante de Tenochtitlán, y el palacio de gobierno está emplazado sobre la residencia de Cuauhtémoc, el jefe azteca ahorcado por Cortés..." indica Eduardo Galeano.

Entre 1503 y 1660 llegaron al puerto de Sevilla, anfitrión del '92, 185 mil kilos de oro y 16 millones de kilos de plata. La plata transportada a España en poco más de un siglo, excedía tres veces el total de las reservas europeas. Estos metales arrebatados a los nuevos dominios coloniales estimularon el desarrollo económico europeo y hasta puede decirse que lo hicieron posible.

Quinientos años después, España quiere que América festeje su "descubrimiento", como tal vez algún día el mundo festejara el holocausto judío de la segunda guerra, porque tanta crueldad dio origen al estado de Israel.

La historia está ahí, inamovible, no hay cambio posible. El futuro puede intentar ese cambio, pero el pasado no puede más que analizarse, y el análisis debe ser objetivo, debe ser realizado con categorías científicas que den a cada hecho su nombre verdadero.

Frente a la realidad de la llegada de los españoles a continente americano, hay más de una posición. Muchos siguen hablando del "descubrimiento", otros han comenzado a utilizar el nuevo concepto de "encuentro de dos mundos", con que la España contemporánea ha intentado un acercamiento hacia los pueblos latinoamericanos en el nuevo contexto histórico. Y muy pocos hablan con la rigurosidad que la historia impone: invasión europea a tierras americanas.

No es la idea condenar ciegamente un hecho ocurrido hace cinco siglos, por trascendente y determinante —sin entrar a calificar su carácter—

que éste haya sido. Se trata, sencillamente, de revisar la historia con el sentido realista y veraz que debe caracterizar cualquier estudio académico.

La invasión conlleva un sentido de violencia y avasallamiento que fue exactamente la característica que predominó en la conducta del español que llegó a estas tierras en 1492. La violación masiva, las masacres, la sustitución del idioma y las costumbres, el desplazamiento de la cultura y la religión, fueron rasgos brutales que envolvieron un episodio al que hoy se quiere dar otra connotación.

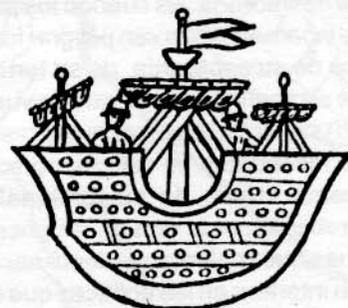
A las puertas de un proyecto político de fuerte connotación económica, la España de hoy busca apoyarse en la historia del pasado para abrir espacios al futuro. Sin embargo, la historia de estos 500 años no es buen apoyo. Y ahí está para demostrarlo, la situación de los pocos millones de indígenas que han logrado sobrevivir en estas tierras que alguna vez fueron todas suyas, sin que ellos magnificaran ese sentido de propiedad que trajo el español. En el abandono absoluto, en la miseria más marcada, casi chupado por una civilización que todavía intenta borrar las marcas de su cultura, el indígena americano es la mejor muestra de lo que hizo la colonización española.

Esto debe ser lo más parecido al Edén, escribió Américo Vespucio cuando vio los paisajes y la vida que todavía hacían los indígenas de este continente, en sus primeras incursiones colonizadoras, allá por 1503. Los indios viven en armonía, son dueños de todo sin tener el sentido de propiedad que tienen los europeos, tienen de todo y no recurren al dinero, hacen el amor sin que sea pecado, y no tienen ni enfermedades ni pestes, como en Europa.

Esa era la vida antes de. Una gran armonía entre el hombre y la naturaleza, una relación de respeto entre el hombre y su entorno. La Luna, el Sol, la lluvia, el fuego, la tierra, divinidades de hombres que vivían para agradecer a la naturaleza la posibilidad de la vida. Todavía hoy, los pequeños grupos indígenas que viven aislados en

pequeñas reservas que el hombre blanco les ha dejado, siguen dando una lección al mundo de cómo deben ser los vínculos con la tierra. Una lección de inestimable magnitud que el hombre blanco no ha querido aprender.

Ya en el plano de la interrogantes, valdría la pena preguntarse cómo sería nuestro presente si la llegada de los españoles se hubiese dado con otras características. Como sería nuestra expresión cultural, nuestros conceptos vitales, nuestra arquitectura, nuestros espacios, nuestra historia, si la integración de dos razas tan distintas se hubiese dado sin violencia, sin imposiciones brutales, sin avasallamiento. Un complemento de idiomas, una mezcla de los conocimientos que levantaron una pirámide y un castillo medieval, un pensamiento retroalimentado por dos mundos que debieron haberse enlazado de otra manera.



*Profesor Investigador del Departamento de Síntesis Creativa.